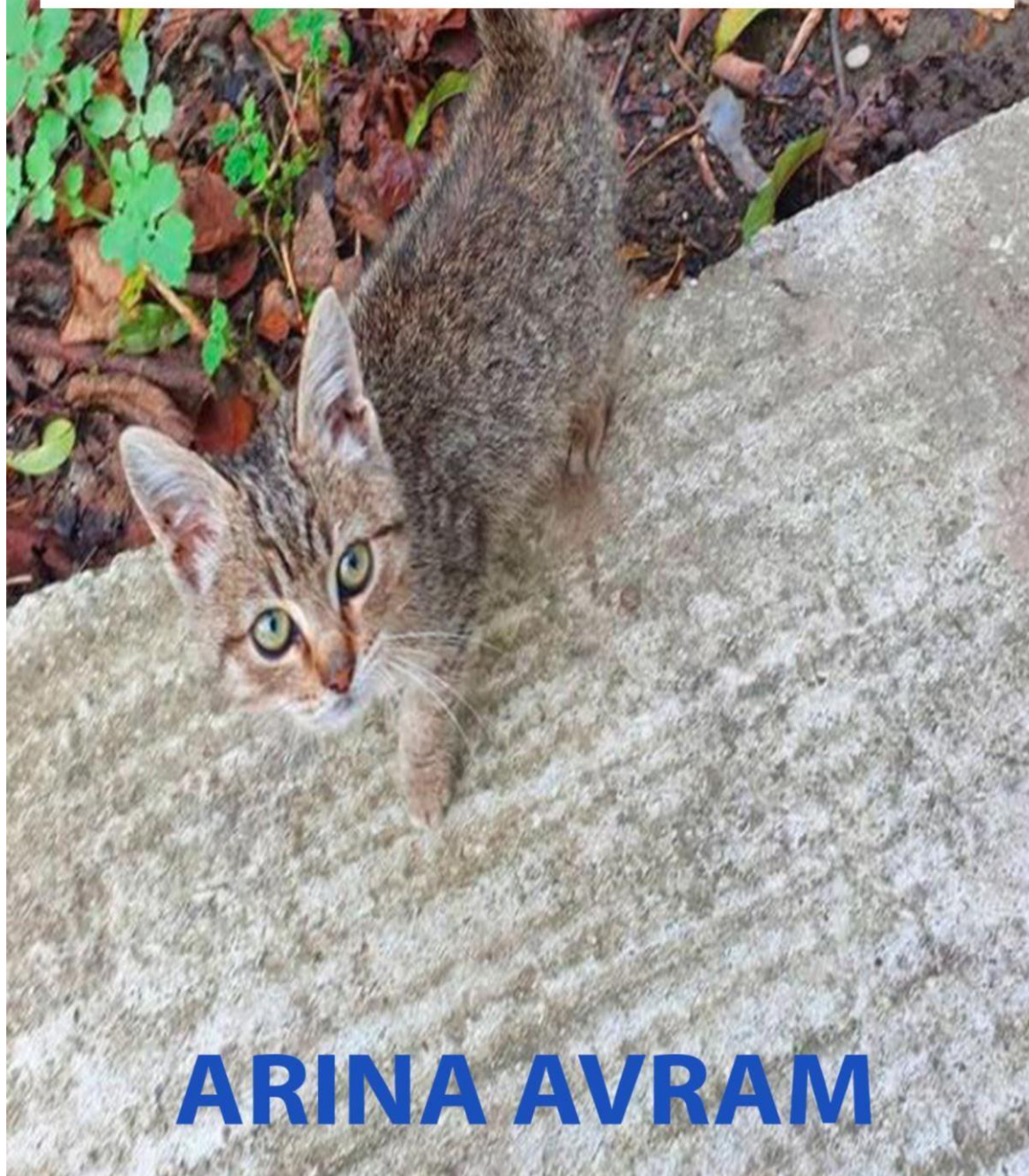


Spârnél y la madre clon



ARINA AVRAM

Había nacido en un mundo loco, con los ojos salvajes y vacíos, bastante descontento, indiferente, aburrido. Un mundo atrapado en las garras de una época llena de todo, con mucha velocidad, abundancia de información, libertinaje como se puede ser, pero un mundo que no sabía qué es la humildad y resignación, lo que significa vivir en la carencia, un mundo que no valora la salud y los beneficios de la civilización hasta que está a punto de perderlos. La pandemia de COVID-19, disparada inesperadamente en un momento en el que el género humano, arrogante y omnisciente, creía más que nunca que todo le correspondía, se mostró, de repente, verdugo, monstruosa y despiadada. Remus todavía vivía con sus padres en un bloque de apartamentos en Bucarest, aunque había terminado sus estudios y trabajaba como ingeniero informático desde hace tres años. Era un programador exitoso, un genio de las computadoras, pero tímido y cerrado. Adorado en casa, como cualquier hijo único, Remus no valoraba la vida tranquila que siempre había llevado, porque no hay un camino fácil hacia la felicidad. Su madre y su padre, honorables trabajadores de clase media, arrodillados por desamparos, sufrientos, atormentados, ya estaban preparando la retirada en la casa de los abuelos paternos - desaparecidos ambos casi imperceptiblemente en la eternidad de los recuerdos - en un bloque de otro barrio de Bucarest. Sus padres estaban dispuestos en todo momento a cualquier sacrificio por él y lo protegían, día a día, con ternura, pero al mismo tiempo esclavizados, como siempre, conscientes de que el amor es el mayor poder humano. Pero el joven informático no necesitaba su amor, porque no se valora lo que se tiene en exceso. Remus añoraba el amor de Aida, una astuta ex compañera de clase, la única chica que había sabido romper los muros levantados por su endurecida timidez para protegerse del fracaso. Sin ella, él no tenía nada, aunque lo tenía todo. Aida lo había abandonado hacía poco, cuando ella había ido a otro trabajo, de manera inimaginablemente indiferente y sin muchas explicaciones, sin volver a buscarlo, al menos por caminos virtuales. Todas sus caricias de sol amoroso habían resultado ser burdas falsificaciones, impulsadas únicamente por el interés de iniciarla en la programación informática. Ella no había hecho caso a las advertencias de sus compañeros que le habían advertido que no hay mayor error que patear a alguien que honestamente te ama y apoya. Aida había huido y había dejado atrás disgusto, amargura, enemistad misógina. Aida se había llevado consigo esa fuerza que impulsa a un joven a lograr grandes cosas, siendo reemplazada inmediatamente por decepciones que habían cavado a Remus arrugas amenazadoras en su frente alta, bordeada por pestañas y cejas perfectamente perfiladas, ojos marrones, misteriosos, curiosos, vista aguda, en sorprendente armonía con la boca carnosa y sensual, la nariz aguileña, dibujada magistralmente, aunque ligeramente torcida, el cabello muy lindo y ondulado. Aida, una muchacha chula, esbelta, armoniosamente modelada, desde la nariz hasta el cuello y las piernas, con el pelo derramado sobre la espalda, desordenado, no había valorado su belleza y su inteligencia. Después de una breve agonía, Remus había superado la amarga decepción. El dolor vencido lo hizo más valiente, la traición cruel y la superación de duras experiencias le devolvieron la fuerza y la confianza en sus propias poderes. Así de firme, intransigente, feroz, enfrentaba la pandemia estallada precipitadamente y incisivamente en la frontera entre el invierno y la primavera.

Toda la vivencia adquirió una forma diferente, un ritmo diferente, un significado diferente, bajo la amenaza dictada, pasivamente, por el virus invisible que bullía mortífero al azar. Remus trabajaba desde casa, al igual que sus padres y innumerables terrícolas hechos prisioneros de repente en sus propios hogares para evitar la contaminación. Hacían pedidos de víveres o el padre se enfrentaba al peligro, enmascarado, en viajes cortos a las tiendas. Durante meses, el joven prolongaba su estancia, casi sin interrupciones, frente al ordenador. La sensación de prisión, la falta del aire exterior, la perspectiva del reinado ilimitado de la plaga, sellaron el disgusto que se reflejaba plenamente en su rostro. Las paredes sombrías de los bloques vecinos se pintaban siempre, en su mirada, como un gris reproche por la facilidad con la que se había apropiado de los compromisos, en lugar de luchar por liberarse de la tiranía de la cuarentena, impuesta por las autoridades en casi todo el mundo. Ya no podía dormir, ya no podía distinguir la noche del día, como un preso condenado a cumplir su pena en el trabajo. Las insatisfacciones y las deficiencias, incluso las menores, magnificaron y agravaron la depresión del joven informático hasta límites insoportables, como los pequeños arroyos crecidos que se convierten en grandes y devastadores ríos. Tenía que hacer algo, para salir de la monotonía, de lo contrario, de la sobreexcitación a la locura, le parecía que sólo quedaba un paso. Afuera, el sol se deslizaba con la misma alegría sobre el interminable mar azul del cielo puro, y la ciudad ya estaba vestida con el verde follaje de junio. Nada dejaba entrever el peligro que todavía acechaba en cada esquina, el enemigo invisible que se infiltraba en las personas y destruía sus estructuras hasta la celda, de su voluntad. Nadie podía protegerse, nadie estaba seguro de nada como forma de protección. Todo era como el juego de la lotería, uno tenía la posibilidad de sacar el billete ganador, permaneciendo inmune, otros, de repente, podrían despertarse gravemente enfermos, sin respirar, sin sentidos. En los momentos más difíciles de su vida, Remus recordó a su abuela en el campo, su modesta casa, rodeada por un patio relativamente espacioso. Si todavía estuviera trabajando remotamente, podría trasladarse allí y al menos disfrutar del aire, de la hierba, de la emoción genuina de la naturaleza, en su compañía. Al trasladarse allí no escapaba del riesgo de poner en peligro su salud, pero era la única solución para escapar del ambiente carcelario. El joven se hizo la prueba de COVID19, para asegurarse de que no albergaba el virus, infectado asintomático, luego se puso al volante del coche que había comprado hacía un año, en régimen de arrendamiento, y, en menos de dos horas, se instaló en casa de la abuela. Muni, como la llamaba desde pequeño y aún no podía pronunciar bien las palabras, se mostró muy emocionada por su llegada. Era una mujer baja, que estaba muy bien para su edad, aunque tenía un cuerpo frágil, amenazado por la senescencia tardía. Amaba a Remus con todo su corazón, lo adoraba como se adora a un santo en quién uno pone, en secreto, toda la esperanza para su propia protección. Ella lo había criado desde niño, hasta que entró en la escuela, y, aún más, ella se había ocupado de su educación, después de que falleciera su marido, el abuelo del joven. Durante mucho tiempo la abuela había preferido vivir en Bucarest, integrada en la familia de su hija, para alejarse de la terrible soledad. Hace tiempo, por fin, ella había superado el miedo de los espíritus malignos, el dolor del vacío que se apoderaba de cada rincón, y había regresado a su nido. Era amable y delicada, siempre dispuesta al sacrificio, una perfecta ama de casa, una mujer de buena fe, sólo su inflexibilidad ante lo nuevo, su horror a los grandes gastos, su obsesión por el orden y la limpieza que provocaba una vehemencia horrible contra los que perturbaban, hasta en el más mínimo detalle, su comodidad, estaban inquietantes. La llegada de Remus, con su enorme

arsenal tecnológico, necesario para el trabajo de un informático remoto, ordenador, portátil, monitores, routers, muchos otros dispositivos, que desafiaban la comprensión de Muni, y el enorme bagaje de pesas y accesorios de todo tipo para modelar el tejido muscular, pusieron a prueba la tolerancia de la mujer. El joven se armó de silencio y de una grosera indiferencia hasta que la abuela cedió a la avalancha de cosas extrañas que invadieron gran parte del interior de su casa, que ella había adornado con duros esfuerzos económicos para crear, al menos al final de la vida, un microuniverso a su gusto.

*

Las cosas más bellas siempre comienzan con al menos un poco de miedo. Así comenzó la estancia de Remus en casa de su abuela, en una localidad de condado Prahova, un poco más grande que un simple pueblo, pero lejos de tener un aspecto de ciudad. No vio ninguna perspectiva alentadora, no esperaba nada espectacular, salvo el aire fresco, el jardín y la recuperación de la libertad en el seno de la naturaleza. El techo de ramas de glicina, cargado de racimos de brillo amatista, guiaba sus ojos hacia el cielo azul cristalino en cuya inmensidad flotaba omnipotente el sol. Era el mismo espectáculo de color y resplandor que le ofrecían diariamente, en la ventana frente al escritorio con el sillón ejecutivo, compradas por Internet, antes de su llegada, y aceptados de mala gana por su abuela, incluso en su habitación. Todo siguió igual, hasta que un día el paisaje resplandeciente, estático y estable, de repente cubrió vida. Un gato arlequín esquelético y humilde con pelo descuidado lo miraba con hambrienta desesperación, como cualquier ser perseguido que busca clemencia en los últimos espasmos de su existencia. Se desvaneció en la nube rosada de peonías que invadía el suelo en el horizonte inmediato de los ojos de Remus, cuando lo llamó con palabras amables, por la ventana. “Los gatos son como las mujeres, cuando los llamas para que vengan, se alejan, y cuando los ahuyentan, vienen”, se dijo divertido el joven. Les anunció a sus compañeros de trabajo que se tomará un breve descanso y salió corriendo al patio en busca del gato desconocido. Lo tentó con un trozo de carne, cogido apresuradamente del frigorífico de la abuela, y finalmente consiguió que viniera. La gata hembra devoró la comida en un abrir y cerrar de ojos, dejando que Remus la acariciara a su gusto, antes de desaparecer entre la espesura de peonías. Quería detenerla, satisfacer plenamente sus ansias de acariciar, pero prefirió no insistir. Sabía que se necesita tacto y sabiduría para acercarse a cualquier ser, especialmente si se trata de una criatura desafortunada, porque la confianza es muy difícil de ganar y extremadamente fácil de perder. Por la noche, después de terminar su turno, renovó su relación con su amigo de la infancia, que vivía en una casa al otro lado de la calle. Vladuț era un muchacho de su misma edad, un joven valiente y atrevido, que se había licenciado en medicina veterinaria y trabajaba en un consultorio especializado local. Los rasgos regulares, dulces y mansos de Remus eran notables, pero su amigo tenía rasgos erráticos en toda la apariencia. Pero, en conjunto, era un chico robusto, fuerte e imponente, que no revelaba fácilmente la verdadera bonhomía que llevaba dentro. Vladuț conocía bien al gato callejero, lo había dado de comer repetidamente. Tenía las mismas tácticas, siempre. Pedía comida, con ojos centelleantes y temerosos, y luego desaparecía sin dejar rastro, como una fantasma. No le pareció extraño en absoluto que Remus se interesaba por el pobrecito gato. Él mismo tenía un gato siamés muy tierno que aliviaba sus noches solitarias.

Inmediatamente intuuyó que a su amigo le faltaba el amor, como a él mismo, y que buscaba un ser por derramar sus desbordantes sentimientos ante él.



Foto 1: Vanda

Le aconsejó atraer al felino, diariamente, con buena comida, para demostrarle sinceridad y dedicación. El camino más corto para ganarse el respeto de la gente es convertirse en lo que quieres parecer. Lo mismo ocurre con los animales. Puedes demostrarles que mereces respeto y confianza si te comportas con lealtad, comprensión y calidez. Las enseñanzas de Vladuț dieron sus frutos rápidamente. El gato salvaje, de pelaje blanco con grandes manchas negras y aquí y allá alguna mancha marrón, salpicada de manera elegante, fijaba cada vez más indulgentemente a Remus con sus ojos verdosos con reflejos dorados. Él venía a darle de comer todas las mañanas y después de terminar el trabajo. La gata hembra aprendió perfectamente el programa de su nuevo protector. "¡Cuando no quieres, no puedes! ¡Pero cuando quieres, puedes!", susurró el joven, acariciándola, mientras comía unos huesos, una noche. La llamó La Vagabunda, porque no se le ocurrió ningún otro nombre. Muni, que protestó vehementemente al verlo jugar con el gato, lo reñía cada vez por llamarla así. La sabiduría de la edad madura era la marca de elocuencia que siempre se mostraba en sus diálogos.

- Corazón, si te importa este animal amargado, dale un nombre digno. Cuando respetas a los seres que te rodean, te respetas a ti mismo. Te sugiero que la llames Vanda. Es un nombre que te hace pensar en un personaje frívolo de una obra de teatro, si aún quieres recordar constantemente sus orígenes. Pero te pedí tantas veces que no toques más al gato, porque podría tener pulgas o quién sabe qué microbios. Especialmente ahora, cuando el nuevo virus persigue en todas partes, la hembra puede ser portadora de lo peor o incluso estar infectada de forma asintomática. Remus ignoró sus advertencias. Aprobaba, no sabía oponerse, recibía sus consejos, impasible, pero, por supuesto, no los seguía. Sentía la necesidad de acariciar al gato y se comportaba como tal. Por eso lo alimentaba y lo cuidaba, diciéndose siempre: „Como tratamos a un ser, así nos

trata ese ser, ya sea humano o animal,,. Pero pronto vino una gran prueba, cuando la hembra, cada vez más gordita, pero aún más permisiva, todavía vigilante y vacilante, dio a luz en un rincón del patio, acurrucada en la base de una espesa cortina de hiedra. El evento, totalmente inesperado para Remus, lo confundió al principio. No sabía cómo reaccionar, cómo ayudarla, qué actitud tomar. Él la miraba con lástima, comprensión, prudencia, pero decidió ayudarla a cualquier precio. Su abuela lo aconsejó que la alimentara bien para que tuviera lactancia, aunque ella personalmente no aprobaba la multiplicación de la raza felina en su propio jardín. A la anciana le gustaban los animales, pero le aterrorizaba el riesgo, multiplicado, de ver su casa infestada de pulgas. Remus estaba emocionado de tener gatitos; ya los imaginaba, juguetones e inocentes, pero se horrorizó al ver su lamentable forma de recién llegados al mundo. Los pequeñitos sangrientos, ciegos, indefensos y que gritaban le repugnaron a primera vista. Evitaba mirarlos. Alimentó la gata, más lejos, con más cuidado, con la máxima generosidad, para que no les faltara la leche a los gatitos.

Algún día, cuando los gatitos aún ciegos maullaban histéricamente, Remus dejó de lado su vacilación a mirarlos y los encontró vagando desorientados, abandonados por su madre. Interrumpió su trabajo, a pesar de que tenía mucho que hacer, para buscar a la gata. Finalmente, logró verla, en un banco del patio vecino, en una posición extremadamente extraña. Parecía petrificada, sin vida, mientras los gatitos gritaban continuamente, alimentados por una nebulosa desesperación. Remus entró en pánico, llevado a un estado de enorme lástima por los bichos que correteaban por el jardín, llorando a todo pulmón en su propia manera. Él tenía miedo que la gata había muerto repentinamente y no sabía cómo cuidar a los gatitos huérfanos. Le suplicó a la abuela que vaya a la vecina para ver si se puede hacer algo con el fin de salvar a Vanda. Le costó a convencer a Muni, pero al fin ella se dirigió al patio de al lado. La abuela tenía horror a los animales muertos, a todo lo que implicaba contacto con energías negativas, impurezas, pus. Llamó a la vecina para confirmar la muerte del gato, pero en el momento en que aquella salió de casa, la hembra movió las orejas y abrió los ojos, atenta. Muni explicó a la casera, una mujer flaca, como una enorme vaina, seca, con mejillas hundidos y hombros caídos, ojos grises y apagados, el motivo de la visita. Ambas estaban divertidos ante los temores de Remus. Despertada de su mórbido sueño, Vanda no tenía intención de volver con los gatitos. Corrió hiendo el aire como una flecha y desapareció en la parte trasera del jardín.

*

-¡Vagabunda! ¡Vagabunda! exclamó Remus con furia, usando, enojado, el término vulgar que había elegido como nombre para el gato que perseguía en el jardín de su abuela, como hacía cada vez que sus caprichos lo irritaban.

Era un animal salvaje, manifestaba su ansiedad con arrebatos violentos. No aceptaba caricias excepto cuando comía, siempre estaba sospechosa y, a menudo, desaparecía repentinamente. Pero ahora el enfado del joven era aún mayor, pues la hembra había abandonado por completo a sus hijos. Se negaba a cuidarlos, huía de ellos, ya los había abandonado a su suerte. El joven la atrapó, la llevó hacia los gatitos, que previamente los había recogido en una lata, y trató de colocarla para que ellos pudieran mamar, pero Vanda lo arañó con gran violencia y logró liberarse de sus manos implacables. Con los últimos poderes, los gatitos maullaban y buscaban a ciegas los pezones de la madre después de olfatear su olor, como si jugaran al escondite con la muerte. Desesperado por salvarlos, Remus recurrió a Vlad, quien los trajo leche y mamaderas especiales para intentar alimentarlos. "Todo lo mejor en este mundo se reduce a la esperanza y a la espera", se dijo el joven informático, cuidándolos con paciencia de acero. Los tres gatitos, uno blanco con manchas negras como la madre, uno atigrado y otro atigrado con manchas blancas,

no mostraban signos de recuperación. Todos los esfuerzos de Remus, su tenaz espera, no habían producido ni la menor señal de sus liberación de las garras de la muerte. Uno a uno, los pequeños murieron, para gran decepción de sus protector. El sol, indiferente, pintaba de oro las ramas de glicina que proyectaban su sombra sobre los cuerpitos sin vida. Los gatitos habían terminado con sus dolorosas vidas antes de ver siquiera un rayo de luz. Aunque estaba profundamente entristecido, preocupado y derrotado, Remus no tuvo maldad de desterrar a Vanda, la Vagabunda, como castigo por la crueldad de abandonar a sus bebés.

*

Él la miró con odio, la reprendió y buscó reprocharle, pero al ver sus ojos suplicantes y humildes no pudo resistirse a alimentarla. "¡Vagabunda! ¡Vagabunda!", le gritaba, con fiereza, cada vez que la veía. Pero no pasó mucho tiempo antes de que sintió piedad por ese ser, muy probablemente tan golpeado por todo tipo de personas. Por eso, la gata hembra les tenía miedo incluso a las caricias.



*

Foto 2: Vanda

Grande fue la alegría de Remus cuando, poco después, el maullido de un gatito llegaron a sus oídos. El maullido débil le recordó los cadáveres de gatitos que había enterrado en el fondo del jardín. "¿Es un milagro?", se preguntó. ¿Vanda Vagabunda había escondido un gatito lejos de nos ojos? ¿Había guardado ella un favorito escondido por precaución? Ya era casi la hora de almorzar, así que pudo salir, bastante rápido, para ver si realmente había un maullido de gato. Justo en la entrada de la casa encontró un gatito atigrado tratando de trepar por la rejilla de la puerta. Era un gatito más grande, asustado pero al mismo tiempo con muchas ganas de jugar. Cerca de él había un gato adulto. Se podría decir que el gatito era su versión en miniatura, debido

a su pelaje idéntico. De la forma en que la gata hembra cuidaba al pequeñito y lo dejaba chuparala, era fácil saber que era su madre.

-¿De dónde vinieron otros gatos? protestó Muni, cuando vio las dos nuevas adquisiciones de su nieto. ¿De verdad quieres llenar mi casa de pulgas? le preguntó ella, con rabia.

Remus no le respondió. Estaba tan feliz de haber adquirido un gatito que no le importaban los regaños ni las quejas de la abuela. Pronto descubrió que eran los gatos de la vecina flaca, quien muchas veces los echaba y los maltrataba. La vieja gata y su gatito soportaban sus malos tratos por la comida que todavía recibían, de vez en cuando, de su nieta. Ella los había atraído en sus jardín desde hacía algún tiempo. No pasó mucho tiempo y apareció otro gato en el jardín de la abuela Muni, un gato gordito, de color gris, de pelaje esponjoso, especial, fino. Nadie sabía de dónde había venido, si pertenecía a alguien, cuál era su procedencia. A diferencia de todos los demás, el gordito era una gata hembra gentil, delicada e inusual. Cuando sentía que Remus estaba molesto, o si sentía que Muni estaba de mal humor, hacía travesuras, se quedaba colgada de ellos, hacía un espectáculo para animarlos. Ella había llegado a sus patio atraída por el exceso de comida de los platos de los otros felinos, permanentemente presentes bajo la fresca bóveda de glicinas. Remus los estaba llenando con pececillos y comida para gatos. También compró una casa artesanal, magistralmente elaborada en madera, para sus amigas peludas. Allí comenzaron a dormir el gato gris, la madre atigrada y su gatito. Vanda no se hizo amiga de los recién llegados. Al contrario, tocaba al gatito, sigilosamente, tan a menudo como podía. Pero el pequeñito se convirtió pronto en el favorito del joven informático. Muni lo llamó Spânel (Spânel significa rápido, agudo, en rumano – N. del A.), porque se movía tan rápido que difícilmente podían seguirlo. Pero aunque siempre parecía alegre, había mucha amargura en las súplicas de sus ojos. Su madre le entregaba la mejor comida, los restos de carne de la mesa de los dueños, pero ella parecía enferma. Muni notó que la hembra atigrada estaba tosiendo y escondía un grave sufrimiento. Le aconsejó a Remus que deje de tocar los gatos, especialmente después de enterarse de que la nieta de la vecina había contraído el virus asesino. Estaba evidente que los animales del patio de al lado podrían estar contaminados o incluso enfermos. Pero Remus no quiso escuchar las historias de la abuela.



Foto 3: Spânel

Justo ahora, cuando tenía un gatito con ganas de jugar y de consentirlo, ¿¿por qué no aprovecharlo?! Spânel lo observaba desde la ventana casi todo el tiempo mientras trabajaba, luego cuando salía por la puerta de la cocina saltaba a sus brazos. En una fracción de segundo él estaba trepando por su cuerpo y de repente lo sentía cálido y tierno contra su pecho. Lo llevaba en brazos, cuando quería, también lo llevaba al interior de la casa, donde descubría, con sus ojos tímidos, pero siempre curiosos, cosas inimaginables. Muni se había opuesto a lo curioso invitado, que se acurrucó temeroso en las palmas de las manos del protector, en su primera visita a su habitación, al escuchar las mordaces palabras de la abuela. Remus se mantuvo callado, como solía hacer, desarmándola con un aire inocente, amable y dulce. Sintiendo la atmósfera relajada, Spânel empezó a ronronear y cerró los ojos para disfrutar tranquilamente de la cálida cercanía de su amigo hasta se quedó dormido. Las visitas domiciliarias continuaron, pero nunca duraron demasiado. Remus ni siquiera se atrevió a coquetear con la idea de que la abuela alguna vez aceptaría la presencia de los gatos adentro. Ella era una buena mujer que siempre decía que debes traer luz si quieres estar en la luz, porque si traes oscuridad estás destinado a estar en la oscuridad, pero sus principios en cuanto a la salud y a la limpieza siempre estaban inflexibles.

*

Ya era otoño. El otoño había llegado casi imperceptiblemente. La pandemia mantenía a la gente en sus casas casi todos los días y ya no entendían el paso del tiempo. Sólo los manzanas maduras del jardín detrás de la casa daban la señal. La temporada de cosecha llegó, como de costumbre,

pero con escarchas demasiado precipitadas que enfriaban el amanecer. Una mañana, Muni encontró muerta a la madre de Spânel.



Foto 4 : La madre de Spânel

Ni siquiera habían llegado a nombrar al pobre gata hembra que seguiría siendo un eterno signo de interrogación para ella y Remus. El joven sufrió amargamente por la inesperada desgracia. Hubiera deseado poder hablar con el gato huérfano, animarlo, asegurarle que compensaría la ausencia de la criatura que le había dado la vida. Le hubiera gustado poder insinuarse en la luz de sus ojos, comprender cómo veía la vida, penetrar en lo más profundo de su alma inmaculada, comprender su sufrimiento y su sentimiento real, lograr domar la desesperación que lo impulsaba a maullar, todo el tiempo, inquieto. El gato gris, siempre indulgente y elegante, se acerca a él con gran delicadeza y alivia su dolor con misteriosas caricias que sólo ellos conocían. Remus le dijo muchas palabras para consolarlo y animarlo, pero no podía entenderlo. Lo tomó en sus brazos, lo acarició con el ardor sincero que se escondía bajo su aparente tímida frialdad. El gatito se acurrucó contra su pecho y empezó a ronronear muy fuerte. "Pequeñito, la vida siempre te hará daño. Eres victorioso no cuando no eres derribado, sino cuando no te abandonas al suelo después de ser derribado", le susurró, entristecido, porque el gatito no podía entender sus palabras. La gata hembra gris jamás se alejaba de su amigo afligido. Ella daba vueltas, de vez en cuando, alrededor de las piernas de Remus y curvaba su cuerpo para tocarlo reconfortantemente, con una ternura donde estaba entrelazado un toque de voluptuosidad.

-Démosle un nombre, para que no se pierda también, como la madre de Spânel, propuso Muni. Tal vez no estuvo bien que no le diésemos un nombre.

- Bueno, yo la llamo Whiskers, respondió el nieto, pensativo, tomando en serio la cautela de la abuela.

-¿Que significa esto?

-Significa Bigotes, en inglés. ¡Mira qué bigote tan chulo tiene!

- No me gusta el nombre, respondió Muni. Llamémosla Gatita Bonita, que significa Gata Hermosa en español, agregó ella, siendo una ferviente admiradora de las telenovelas latinoamericanas. Gatita Bonita le queda bien, perfectamente. Ella es preciosa, elegante, linda.



Foto 5: Gatita Bonita

*

El sufrimiento no parecía abandonar a Spârnél. Ya no era saltarín, ni juguetón, ni siquiera ávido de comida, como antes. Gatita Bonita lo seguía a todas partes, renunciaba a la comida si el gatito quería lo que era suyo, pero el pequeñito parecía amargado todo el tiempo. Incluso con su amiga gris, no encontraba nada más que melancolía y soledad a su alrededor. Remus captó la tristeza de su favorito y comenzó, con gran seriedad, a buscar formas reales para comunicarse juntos. Había leído en alguna parte que ya existía una aplicación de alta tecnología desarrollada por un ingeniero estadounidense que permitía traducir los maullidos de los gatos en palabras humanas. Al registrar los sonidos emitidos por el animal y etiquetarlos, la inteligencia artificial de la computadora discernía su significado.

-Si el americano pudo hacer algo así, ¿por qué yo no? pensó el joven informático. ¿Por qué debería dejar que las opiniones de aquellos que desafían los logros de los humanos en las más altas tecnologías se hagan realidad? Está bien, pequeñito, yo crearé también una aplicación para que podamos hablar. Así te enseñaré a mirar siempre hacia el sol, para que dejéis detrás las sombras.

Remus trabajó durante días, ordenó todos los elementos necesarios para crear el dispositivo con el fin de realizar el traductor de maullidos. Ni Muni ni Vlăduț creían en su éxito. Pero cuando el amor es grande, ningún obstáculo puede interponerse en su camino.

*

El dispositivo incrustado en una correa se adjuntó a la pata de Spânel para las primeras pruebas. Y, para el gran sorpresa de la abuela, que en ese momento pasaba en los alrededores, el diálogo con el gato cobró vida. La aplicación de Remus resultó ser perfectamente funcional. El joven conversó con el gato por primera vez, mediante el traductor que convierte los maullidos en palabras. Sus ojos se humedecieron de alegría y Spânel tembló de felicidad. Empezó a lamerle las manos con su lengua áspera en señal de adoración. Él le dijo todo lo que tenía en su corazón, cuánto estaba sufriendo por haber perdido a su madre. Vivía con gran dolor sin ella, no podía concebir la ausencia del ser que le había dado la vida. No importaba las palabras que le dijera, ni estímulos, ni promesas, no habían podido aplacarlo. El experto en informática fabricó otros dispositivos de traducción de maullidos para Gatita Bonita y Vanda Vagabunda, esta última aceptando a regañadientes el suyo. La pelusa gris aumentó la preocupación por su favorito, Spânel. Aunque hacía esfuerzos visibles para subsistir, al menos en parte, a su madre, no lograba calmarlo. Vanda se mostró muy susceptible en la comunicación. Ella había permanecido igual de asustada, fría y desconfiada. Sólo prometió que no lo golpeará más a Spânel, en secreto, como había estado haciendo hasta entonces. Remus se acercó aún más al gatito, hablaron durante mucho tiempo, lo llevaba en casa más a menudo y le compraban carne de la mejor calidad. Pero todos sus esfuerzos fracasaron. La ira y la tristeza no querían abandonar en absoluto el alma del gatito, donde gobernaban - tiránicamente - desde la pérdida de su madre.

*

Tanto le había marcado la desgracia de Spânel al joven, que decidió buscar la manera de realizar otro milagro en la vida real, a cualquier precio. El genio de su mente no tardó en traducir en acción una idea que se le había ocurrido una noche en la que el sueño se había retrasado demasiado debido al estrés diario: la madre del gatito podría resucitar mediante clonación. Si otros lo han logrado, ¿por qué él no podía crear tal milagro, junto con Vlăduț? Su amigo quedó escandalizado al escuchar la propuesta. Experiencias como esta requieren aparatos y tecnologías excepcionales en laboratorios de última generación, explicó él con una sonrisa irónica. "Todo el mundo sabe que ciertas cosas son inalcanzables, hasta que aparece alguien que no lo sabe y lo hace", dijo Albert Einstein, respondió Remus. Insistió tanto, inventando argumentos conmovedores, provocativos, sentimentales, hasta que el joven veterinario le prometió su apoyo. Ya había estudiado en detalle los principios de la clonación, desde Internet, y explicó detalladamente lo que tenían que hacer.

-Desenterramos al gato, tomamos el ADN y lo copiamos para hacer una transferencia nuclear. Si otros han tenido éxito, ¿por qué nosotros no?! Yo te doy la tecnología informática. Copiamos el ADN de la célula del gato fallecido al óvulo de otro gato, al que le quitaremos el núcleo. Así, obtenemos el embrión y lo implantamos en una tercera gata, que se convertirá en la madre sustituta.

*

En pleno invierno, Remus y Vladuț lograron dar vida al clon tan deseado. El gato que llevaba el embrión resultante de la copia de la célula extraída del cadáver del gata atigrada trajo al mundo un gato con sus rasgos físicos. Afuera estaba nevando y el cielo estaba cargado de nubes que parecían estar a punto de colapsar en el suelo. Pero la gran noticia de que habían resucitado a la madre de Spânel y el alegre vuelo de los copos de plata devolvieron el optimismo al alma del joven informático. Aunque frío había empezado a apoderarse por todo ese lugar, la abuela no aceptó el alojamiento de los gatos en la casa. Remus había improvisado una cama cálida para ellos en el garaje. El clon había sido obtenido en una pequeña habitación de la casa de Vlăduț, transformada en un laboratorio improvisado con gran esfuerzo.



Foto 6: La madre clon

Remus había pagado todos los costos y había aceptado pagar el precio de la calefacción con la ayuda de un panel eléctrico. Tomó en sus brazos a Spânel y lo llevó a ver a su nueva madre poco después de que la gata portadora lo hubiera dado a luz. Su presencia en el simulacro de laboratorio consolidó el triunfo. El gatito, que entretanto había crecido y ya no era más un pequeño nervudo, le dijo que estaba abrumado por las emociones. Pero no pudo decir mucho, en su lenguaje felino, decodificado por el traductor de la pata, porque el amor no necesita palabras. No podía esperar para acurrucarse junto a su madre, lamerla y aliviar su miedo constante a lo impredecible, como lo hacía cuando era un bebé. Grande fue su decepción cuando, en lugar del gata atigrada, encontró un trozo de carne animada, similar a él sólo en su pelaje. Aún no tenía vista, no lo reconoció en absoluto. Era una gatita recién nacida con sentimiento frío. No la reconoció ni por su olor, ni por su aire, ni por su alma. Pero si Remus le decía que ella era su madre no podía contradecirlo. Sólo una lágrima que ardía bajo el párpado dejaba visible un signo de la gran decepción escondida en lo más profundo de su corazón.

*

La primavera llegó temprano, con hierbas y hojas verdes por todo el jardín. El sol sonreía pulsando detrás de las nubes dobladilladas de bordados plateados. Spânel había crecido bien, ya tenía el aspecto de un gato joven, casi adulto. Su madre, una frágil gatita clonada, apenas podía tolerar la comida debido a una malformación de su sistema digestivo. Como todos los animales obtenidos de esta manera, había nacido con defectos. El dolor de haber dado a luz a un espécimen sufriente siguió a Remus, mordedor, fuerte, implacable. "Hay éxitos que te hacen daño y fracasos que te benefician, sin duda", se dijo suspirando. Ante su insistencia, Vladuț llevó el clon nuevamente al laboratorio improvisado por un tiempo para intentar curarlo. Por lo demás,

todo parecía ir relativamente bien en la vida del joven informático, aunque estaba abrumado por las tareas laborales ya que trabajaba desde casa. Trabajó continuamente hasta que el sudor le hizo manchas húmedas en la frente. Sólo Spânel, Gatita Bonita y Vanda todavía domaban su tensión. Pero la quietud profunda siempre presagia las tormentas más fuertes. Una noche, cuando el sueño era más dulce, Muni y su nieto despertaron con un infierno de maullidos y sonido de paliza entre felinos que habían sacado sus garras. La abuela se enojó por la incomodidad de despertarse subito de su sueño, porque la pelea de gatos teñía lugar justo debajo de su ventana. Se puso una bata sobre el pijama y se dirigió a la habitación de su nieto para descargar su ira contra él. Remus apenas se había recuperado del repentino despertar y le preguntó preocupado qué pudo haber pasado. Desde fuera ya no se percibía ningún ruido.

-Creo que Vanda atacó a Spânel. También lo hizo otras noches. Ella no renuncia a la malicia, hagas lo que hagas, como una chica sin educación que no aprende modales elegantes de ninguna manera. No se puede educarla, después de haber conocido durante demasiado tiempo una vida mala.

Volvieron a dormir, aunque Remus no podía conciliar el sueño, preocupado por sus presentimientos. Hasta que el amanecer blanqueó la vista desde la ventana, había dado vueltas en la cama de un lado a otro. En el momento en que ya no pudo controlar su excitación, se vistió rápidamente y salió como una bala afuera, antes de que sonara la alarma. La desgracia que vio fue mucho más horrible de lo que podría haber imaginado. Spânel yacía inerte, cubierto de sangre y con el pelaje muy andrajoso. Gatita Bonita estaba aturdida, en las cimas de la desesperación, humilde, a su lado, y se esforzaba por reanimarlo con miradas penetrantes, llenas de ardientes súplicas. Vanda observaba el devastador espectáculo desde lejos. Muni y Remus la acorralaron con cargos de asesinato, principalmente porque tenía rastros de sangre en sus patas. Pero Gatita Bonita tenía manchas similares. Se veían salpicaduras de sangre por todas partes en las baldosas frente a la casa donde había tenido lugar la pelea nocturna. Era posible que ambos gatos se habían ensuciado las patas caminando por allí. Pero no se podía confiar en Vanda, por mucho que jurara que no había tocado a Spânel. Vanda admitió que en el pasado lo había golpeado algunas veces a Spânel, pero en ningún caso lo había agredido fatalmente en la noche que acababa de pasar. Gatita Bonita juró que el ataque se había producido mientras dormía y no había visto al animal agresor, el cual se había desvanecido en un instante en la oscuridad. Inmediatamente, Remus llamó a Vladuț para pedirle ayuda. Pero el amigo le dijo que ya no quedaba nada que hacer para salvar al gatito. Si estaba rígido y lleno de sangre, lo más probable era que ya hubiera ocurrido la muerte. Luego le explicó, del principio al fin, sin rodeos, con amarga ironía, que las peleas de gatos pueden ser mortales, como lo es la lucha entre humanos también, nadie tiene en cuenta a la misma raza, cuando están en juego ventajas. Los gatos también son envidiosos, celosos y luchan por el territorio. "Ellos saben todo sobre nosotros, pero nosotros sólo sabemos lo que ellos nos dejan entender. Sí, un gato puede matar otro gato, se lanza a la yugular y la corta. Por eso el pequeñito está lleno de sangre. Los gatos también tienen la costumbre de arañar los ojos de sus oponentes, cegándolos. Entonces mejor un gato muerto que uno ciego. Deja de llorar, dentro de poco los otros dos gatos que tienes van a dar luz", dijo el doctor.

El joven informático quedó destruido. Sentía que su alma estaba irremediablemente rota, del mismo modo como un recipiente de porcelana roto que nunca se recuperará exactamente cómo

había sido antes de la rotura. Se estaba tomando un día libre en el trabajo. No podía trabajar, su mente estaba vacía de pensamientos, su corazón latía con fuerza en su pecho, vacío de alegrías, esperanzas, sueños. Muni le aconsejó enterrar a Spânel lo antes posible, para ayudar al olvido a curar la herida de la pérdida. No podía escucharla, no quería oírla, ni siquiera sentirla. Nubes gris invadieron el cielo morado matutino en sintonía con el mar de tristeza que había ahogado su razón misma. Estaba mirando fijamente al cielo sombrío como su alma, sin objetivo, sin impulso, sin deseo. Así lo encontró Vlăduț, que había salido apresuradamente de la consulta veterinaria - a pesar de que tenía muchos pacientes - avisado por Muni, al teléfono. Había llegado enseguida para examinar el cuerpo del gatito para no decepcionar del todo a su amigo, pero estaba convencido de que era inútil. Sin embargo, la sangre sin coagular que todavía corría anémica sobre el pelaje, lo sorprendió profundamente. Cuando lo tocó, descubrió que no hacía frío y comprendió que la vida todavía estaba presente en su cuerpo rígido. Gritó de felicidad y el ímpetu de Remus revivió como por arte de magia. Él quería gritar también, para liberar el dolor abrumador de su pecho, pero ya no tenía fuerzas para pronunciar ni una palabra con voz normal. Murmuró extasiado: "Mira, lo imposible es posible, sigue vivo, lo imposible se puede descomponerse en posibilidades con un final inesperado".

-Está claro que los gatos realmente tienen nueve vidas, como se dice. Inmediatamente llevo al pequeñito al laboratorio. Si es necesario, le hago una transfusión de la madre clon. Lo echaré a andar, dijo Vlăduț y de inmediato entró en acción.

Después de que se fue, Remus había quedado extasiado. Caminó por el jardín y disfrutó del aire dulce, de las hojas crudas, los retoños y las ramas que estaban a punto de florecer. Las lianas llorosas de las glicinas dormían sobre sus sombras transparentes, embriagadas por los rayos del sol, que apenas atravesaban las nubes oscuras.

*

Spânel volvió a la vida milagrosamente y fue llevado a casa junto con la madre clon, que todavía estaba mal de salud. Pero se había encariñado mucho con él durante su estancia en el laboratorio, por eso Vlăduț había recomendado el alta de ambos. La gatita clonada también recibió un dispositivo de traducción de maullidos, diseñado específicamente para ella por Remus, pero el resultado de sus conversaciones había sido extremadamente decepcionante. No reconocía a Spânel como su hijo, no recordaba nada de su existencia como madre, terminada con la muerte. Se había encariñado con su supuesto hijo porque él la protegía y trataba de acercarla, por respeto a su amo. Pero nada la conectaba particularmente con el indefenso gatito. Un vínculo maternal entre ellos no podía restablecerse de ninguna manera, por falta de sentimientos sinceros e incluso por falta de la llamada de la sangre. Pero las enfermedades causadas por el amor sólo se curan con el amor. Por eso Spânel buscó ofrecer su exceso de anhelo por su madre al pobre clon, quien, a su vez, solo y vulnerable, lo recompensa con el amor nacido de la necesidad de un apoyo vivo, cálido, sereno y benéfico.

*

Las cosas parecían volver a ir bien, pero demasiada paz invita a la tensión, así como demasiada dulzura invita a un sabor de amargura feroz. Una mañana, cuando Remus salió de la casa para alimentar a las criaturas que apoyaban con amor su pasatiempo, descubrió un terreno baldío en el paraíso del jardín. No encontró ningún gato. Spânel, Gatita Bonita, el clon y Vanda la Vagabunda habían perecido como si nunca hubieran existido. Sus casita estaba vacía, el patio sin

vida, sólo sombras temblorosas flotaban aquí y allá. Tras una desesperada investigación, puesta en marcha por Muni, para aliviar los grandes sufrimientos del nieto, llegaron por fin los primeros rumores sobre la misteriosa desaparición de los gatos. Un vecino, que tenía problemas para dormir, presuntamente los secuestró y se los llevó porque no lo dejaban conciliar el sueño. Se quejaba de los ruidos y maullidos nocturnos, que habían culminado en el estrépito nocturno de garras afiladas. Desde entonces, habría planeado eliminarlos para siempre. La abuela ocultó lo que descubrió por temor a que Remus hubiera iniciado un escándalo colosal. El vecino era una persona influyente en la localidad, un poderoso de la época que podría haberles hecho mucho daño. Nada podría domar la tristeza del joven experto en computación. Muni intentó en vano preparar sus postres y platos favoritos. En vano, Vlăduț lo invitó, noche tras noche, a disfrutar de palomitas de maíz calientes y le ofreció sorpresas inesperadas. Incluso lo tentó a conseguir otros animales de los que llegaban diariamente a un refugio mantenido por la alcaldía y su veterinario. Ya no quería oír nada. En su tiempo libre, después de las angustiosas horas de trabajo, contemplaba muchas veces el océano azul del cielo y el crepúsculo que doraba los cuerpos vegetales. Seguía esperando un movimiento, un aliento, un susurro, que le dijera dónde estaban sus queridas criaturas, pero lo único que pudo escuchar era el suspiro del viento.

*

Durante este tiempo, los cuatro gatos vivían su tormento en un bosque, donde habían sido arrojados por el malo. Los había aturdido con un spray paralizante (para perros agresivos) mientras dormían en sus casita. Los había metido en un saco y los había llevado en coche, luego a pie, a algún lugar lejano, en un bosque. Cuando salieron de sus inconsciencia, entraron en pánico. No sabían nada a su alrededor, solo se podían ver árboles y hierba hasta donde alcanzaba la vista. El hambre primero los abrumó y, poco después, los esclavizó por completo. Salieron a cazar pájaros y ratones, en una búsqueda feroz. Más acostumbrada a la vida dura, Vanda encontró rápidamente a un pobrecito pájaro, apresurándose comerlo a solas. Más tarde, Gatita Bonita atrapó un gorrión, pero se lo dejó a Spânel y a la madre clon. Difícilmente pudo encontrar otra presa por su doloroso hambre para ella también. Pasaron muchos días de tormento para los gatos sin siquiera poder soñar en una salida. Avanzaron hacia el bosque sin rumbo, alimentándose de todo lo que encontraban a sus alcance, sorbiendo el rocío de las hojas, que nunca saciaban sus ardiente sed. No sabían quién los había secuestrado y luego los había dejado al azar. No habían llegado a ver al secuestrador, pero todos estaban seguros de que sus dueños no podrían haberles hecho tal cosa. Se contemplaron a sí mismos con despectiva piedad. ¿Por qué no habían podido resistir al cruel ataque del spray paralizante? ¿Por qué no habían percibido el acercamiento del malo antes de actuar? Podría haber atacado al villano, rascarle los ojos y la cara con las garras, romperle la vena yugular. Podrían haber hecho uso de todas sus fuerzas para ponerlo en fuga, pero se habían dejado derrotar con tanta facilidad. Siguieron días de carga, días de desesperación, días de desgracia... Caminaban en lo desconocido, desesperados por salir de la espesura del bosque, pero no había salida a la vista en ninguna dirección. Continuaron sus camino a través de las sombras bajo el cielo que parecía cargado con la presencia de un mal acosador. El follaje verde jade del bosque cambiaba constantemente de contorno y parecía lamentando sus miseria. De un arbusto, el mal tomó forma y se vieron atacados por un monstruo rabioso hambriento. Un perro callejero desató sobre ellos su frustración bélica. Los persiguió ladrando ensordecedoramente, dispuesto a morderlos hasta los huesos. Lograron escapar,

trepando rápidamente a los árboles, a excepción del gato clon que cayó fácilmente entre los colmillos del enemigo que la desgarraron.

*

Remus ni siquiera podía adivinar dónde estaban sus protegidas y lo que les estaba pasando. Mientras tanto, él había oído también que uno de los vecinos los había echado para siempre. Al crimen le gusta acercarse al buscador del perpetrador, en un curioso juego de vida y muerte. Para sorpresa de la abuela, el nieto no intentó enfrentar al cobarde ladrón. Sabía que la venganza no trae ningún bien. Sin embargo, incluso si lo hubieran obligado a decir dónde había llevado los gatos, no habría podido encontrarlos en ese lugar. Los gatos deambulan al azar, sin disfrutar de las virtudes de los perros que descubren el camino a casa mediante el olfato. El que es cruel con los animales no puede ser un buen hombre. Si le hubieran pedido cuentas, le habría llevado a buscar otros medios destructivos. Por tanto, Remus se había resignado a un dolor amargo e ilimitado. Cuando se muere un sueño tuyo, hay que poner otro en su lugar para que salgas a la luz. Pero él no tenía nada con qué reemplazar su aspiración, especialmente debido a la pandemia de COVID-19. Los gatos le hicieron a él lo que las flores le hacen al jardín. Sin ellos, ya no veía el cielo despejado, porque ya no levantaba la vista de los precipicios de la vida.

*

Gatita Bonita le rogó a Spânel que abandone el cadáver de la madre clon y sigan adelante juntos.



Foto 7: Gatita y Spânel

Vanda los dejó a merced de la mala suerte. Pero Spânel no se movió, lamiendo las heridas del gatito muerto, la clon de su madre. No quería perder a su madre por segunda vez, a pesar de que

el gato clonado no tenía ninguna de sus características excepto el patrón de pelaje. Se acostó al lado del cadáver y le dijo a su amiga gris que no se movería de ese lugar hasta que el final lo encontrara. Gatita Bonita insistió en seguirla con palabras tiernas, dulces y hábiles para romper la maldición de muerte que seguía a su amigo. Su voz quería ser una promesa clara de que volverían con Remus, aunque ella misma no creía en el milagro de un regreso a los buenos viejos tiempos. Al ver que Spânel no salía de su estupor, se sentó cerca de él y decidió compartir juntos la derrota en la lucha contra la mala suerte. Vanda, la gata de nadie siempre, pasó por pruebas de fuego, pero todavía creía en el rescate. Con el pelaje sucio y apelmazado, apenas respirando por el cansancio, todavía estaba hurgando entre la maleza con la esperanza de encontrar comida y buscando, desesperada, una salida del bosque. Y finalmente, cuando ya estaba al límite de sus fuerzas, vio una zanja empinada, más allá de la cual interminables hileras de coches corrían a toda velocidad. Entendió que era una carretera y pensó en cortar el camino a los vehículos con la esperanza de que alguien se dignara a detenerse y a recogerla. Apenas se movía, ya no podía sentir sus patas por todos los golpes que había recibido. Pero el hambre, la sed y el malestar general ya no les aguantaba. Entre dos males, se vio obligada a elegir el menor: o alguien de buen corazón se detenía y la salvaba, o la atropellaba un coche. Si no salía a la carretera, la muerte era absolutamente segura.

*

Completamente exhausta, Vanda llegó al costado de la carretera y se asustó por el loco tráfico. Ya no podía ver nada frente a sus ojos, la realidad daba vueltas a su alrededor, debido al cansancio. Su corazón latía a punto de reventarle en el pecho. Ya no podía soportar el más mínimo retraso. En un momento, cuando le pareció que la carretera estaba bastante despejada, simplemente se arrojó en el carril donde un coche se acercaba a toda velocidad. Inmediatamente se escuchó un espantoso ruido de las ruedas y el auto se detuvo a casi un milímetro de su cuerpo. Extremadamente molesto, porque estuvo a punto de perder el control del volante debido a la frenada brusca, el conductor se bajó del coche para castigar al animal insolente. Pero, cuando vio el animal caído al suelo, logrando apenas gemir un miao, su impulso guerrero se calmó. Por casualidad providencial, había estado detrás del volante el propio Vlad, quien inmediatamente reconoció el traductor de maullidos a la pata de la gata hembra, que Remus le había instalado junto con él. Inmediatamente se dio cuenta de que era uno de los gatos desaparecidos de su amigo. Le dio gracias a Dios por haberla encontrado. Finalmente, Vanda profirió unos murmullos. El traductor los interpretó enseguida. Ella le rogó que la acompañara a recuperar a Spânel y a Gatita Bonita, que no estaban muy lejos. La amabilidad de Remus finalmente había dado sus frutos gracias al poder del ejemplo. El alma salvaje de Wanda había adquirido la capacidad de ofrecer por fin sentimientos cálidos, comprensión, compasión y amor. Y había aprendido algo más: no perder la esperanza, porque es lo más importante en la vida.

*

¡De nuevo a casa, otra vez bien consentidas! Vlad le había traído toda la manada de gatos a Remus. La alegría no conoció límites en la casa de Muni después del regreso de los gatos. Spânel, Gatita Bonita y Vanda comieron hasta saciarse de comida y agua y luego se fueron a descansar. Vlăduț también había llevado el cuerpo ya en descomposición del clon, que fue

enterrado junto a la hembra de la que procedía el material genético utilizado en su concepción. Spârnél no quería escuchar más sobre la propuesta de Remus de hacer otra madre clon para él. Había aprendido por experiencia que la muerte realmente no puede ser vencida. También había comprendido que una madre nunca puede ser reemplazada. Los tres gatos habían entendido que todos corremos hacia la felicidad, pero cuando la alcanzamos nos damos cuenta que después viene la tristeza, así como cuando llegas a la cima de una montaña no puedes evitar el descenso. Así aprendieron a contentarse, cada día, con menos. Ya no tenían pretensiones de comida como antes, cuando sólo aceptaban bolsas de comida caras y se negaban a los alimentos baratos, ya no sentían celos si uno recibía más atención, ya no presionaban para ser consentidas todo el tiempo. Remus los mantenía encerrados en el garaje todas las noches, a pesar de que ellas anhelaban la libertad. Los guardaba en la cochera, por miedo de un nuevo secuestro o otros ataques. Mientras tanto, puso en juego todo su ingenio y, con importantes inversiones, logró crear un sistema de protección que puso en funcionamiento durante la noche. Sólo después de desarrollar los sofisticados mecanismos de protección los felinos habían regresado a su hogar en el jardín. El sistema de protección constaba de barras que automáticamente rodeaban a cualquier intruso por todos lados, convirtiéndose en una jaula. Muni estaba muy preocupada por el invento del nieto. Ella tenía miedo de que el vecino mismo pudiera haber caído en la jaula y luego habría podido vengarse cruelmente.

*

No pasó mucho tiempo hasta que el sistema de alta tecnología demostró su valía, ya que el mal envió su inmortalidad al mundo desde la antigüedad. Una noche se escuchó un fuerte maullido y la campana de alarma despertó a Remus de su sueño. Se levantó de un salto, se vistió, confundido, alarmado, aterrorizado, temiendo que el sistema no hubiera funcionado bien. ¿Spârnél había sido agredido de nuevo? Salió corriendo a ver qué está pasando. Atravesó la oscuridad con la linterna de su teléfono y descubrió que el mecanismo había hecho su trabajo con creces. Un gato precioso, con un pelaje parecido al terciopelo, en un espléndido juego de colores blancos y grises, luchaba por salir de la trampa en la que había caído.



Foto 8: El gato Tom

Pero, de la prisión, no había escapatoria. El joven informático le dejó gritar hasta la mañana, a pesar de que el vecino tenía fobia a los maullidos de los gatos. Llamó a Vlăduț a primera hora de la mañana y le rogó que pase por allí, antes de irse al veterinario, para llevar al gato extranjero al refugio de animales.

*

A la llegada del amigo, salieron a la luz extraños detalles. Vlăduț reconoció inmediatamente al gato, que había sido su paciente. Ese gato había sido herido la misma noche en que encontraron a Spânel casi muerto. Su dueño lo había llevado al veterinario con el pelaje manchado de sangre y una herida en la cabeza. Vlăduț lo había tratado y lo había curado, pero la marca de la herida permaneció. La sangre de su pelaje provenía claramente de otro animal, porque no había forma de que una cantidad tan grande de sangre salía de su herida. Ahora el veterinario comprendió que tenían frente a ellos al agresor de Spânel, que había regresado para darle un nuevo ataque. Remus lo instó a llamar al dueño del animal inmediatamente para venir a llevarlo y, en esta ocasión, responsabilizarlo por no mantenerlo encerrado, aunque seguramente sabía que era agresivo.

*

No mucho después, una joven hermosa pero aparentemente muy presumida apareció para reclamar al gato cruel. Ella era una maestra muy guapa, con un rostro angelical, cabello rubio hasta la cintura, ondulado y brillante, ojos verdes-marrones, como los de Remus, cejas perfectamente dibujadas y pestañas arqueadas de la manera más maravillosa. Su nariz y la boca estaban cubiertas por la máscara anti-Covid-19, pero aun así sus labios parecían tentadoras.

Protestó, nerviosa, porque la habían molestado, justo cuando estaba dando clases a los alumnos, a distancia, a través del ordenador. Ella había llegado furiosa, pero cuando se encontró con la mirada sensual de Remus de repente se quedó en silencio. A su vez, el joven informático quedó encantado con la dulzura de sus ojos, a pesar de que al principio habían brillado con ira. Ambos guardaron silencio, para sorpresa de Vlăduț, que no sabía qué decir.

- Mi nombre es Carla, finalmente rompió el silencio la joven invitada.

La mirada de Remus había atravesado durante un instante la distancia que los separaba. La maestra se disculpó por las bárbaras aventuras de su gato, tartamudeó y prometió a mantenerlo encerrado en el futuro. Remus solo murmuró unas pocas palabras, casi incoherentemente. Se ofreció a poner en la pata del gato agresor un traductor, tomado del propio Spânel, para descubrir las razones de sus ataques. Fue así como se enteraron que el guerrero peludo, cuyo nombre era Tom, estaba enamorado de Gatita Bonita. La seguía desde hacía mucho tiempo y estaba celoso, cuando la veía junto a Spânel. Lo veía a Spânel a su alrededor todo el tiempo y lo consideraba un rival que necesitaba ser eliminado. Todos le dejaron claro que Spânel era como un hijo adoptivo para la hermosa gata hembra gris. Al final, la misma Gatita Bonita le hizo saber a Tom que a ella le gustaba él. El hermoso peludito ronroneó cortésmente, olvidó los tormentos que había soportado en la trampa y, una vez liberado, dio algunos elegantes saltos y volteretas. Les reveló que se había lastimado a la cabeza, golpeandola a la valla de hierro detrás de la casa, cuando había corrido como loco por miedo a no ser atrapado por alguien después de haber estado a punto de destrozar a Spânel. Había visto la luz encendida en la casa y estaba convencido de que los dueños iban a salir a matarlo, así que se había escapado.

-Hay que lastimarse para saber lo que es la curación, viejo, le dijo Vlăduț, acariciando su cabeza regordeta y bien contorneada, como su cuerpo.

Era un gato bellísimo, de pelaje asombroso, una combinación de blanco nívico con manchas grises plateados. Carla y Remus, como hechizados, se olvidaron de la pandemia, de las precauciones, del distanciamiento, y llegaron a tomarse de las manos, sin explicación. Tom y Gatita Bonita se olisquearon el uno al otro y se acurrucaron uno al lado del otro, prometiéndose ya sentimientos compartidos y felicidad juntos...



Foto 9: Gatita Bonita y Tom

Remus estaban en el apogeo de su felicidad, aferrándose fuertemente a Carla. Su presencia lo calentó como el beso de un rayo de sol revive una campanilla helada. Ya no se arrepentía de haber pasado por tanto sufrimiento. ¡No hay operación de curación sin dolor y sin derramamiento de sangre! Sólo Spânel lo despertó de su ensoñación, exigiendo celosamente que le devolviera su traductor de maullidos prestado a Tom.



Foto 10: Spânel después de todas las aventuras